

**ROSA BLASCO**

# **PERTURBACIÓN**

**E  BOLSILLO**

## Escenarios de la novela





# 1

A MARIANNE THORSEN la luz de septiembre le recordaba a la de los escasos días de verano en los que en su país calentaba el sol. Ya de niña le gustaba recibir sus rayos sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la fachada sur de la casa familiar, justo en el lugar donde las copas de los fresnos y los avellanos no proyectaban su sombra. Y ella podía refugiarse del mundo. Y podía soñar. Desde la muerte de Aleksander, los rayos del sol también habían sido su guarida. Se sentaba en el suelo de la pequeña terraza frente a la bahía de Es Grau, nada más amanecer, en el momento en que las primeras luces anunciaban por fin el ocaso de una noche interminable. Y ahí permanecía hasta el mediodía, cuando, ya seca como una iguana, no le quedaba otra que levantarse para beber algo. La culpa la consumía, sin embargo, no se sentía responsable de su muerte. Nadie la había responsabilizado ni culpado de ello. Pero ahí estaba, martirizándola. Por fortuna el sol salía cada día y, al menos hasta entonces, las nubes del verano que estaba a punto de acabar habían poblado el cielo solo de paso.

Los destinos donde desarrollaba su «trabajo» eran siempre los mismos, no más de tres o cuatro en toda la isla. La frecuencia con que visitaba uno u otro variaba según la simple ecuación de oferta y demanda, su propia disponibilidad —que casi siempre era completa— y la posibilidad de que, por el chivatazo de alguno de los implicados o de un inoportuno testigo, alguien la pillara. Para evitar por todos los medios que eso sucediera, nunca realizaba el mismo trayecto, y eso que era casi imposible cambiar de itinerario en la isla, donde solo había una

carretera principal que la atravesaba de forma longitudinal en una gran recta.

En Menorca, las posibles rutas para llegar a cualquier destino eran sota, caballo y rey, y, aun así, ella las modificaba sobre la marcha para evitar que la siguiesen. La Guardia Civil y la Policía Nacional les tenían puesto el ojo, pero jamás habían encontrado una razón convincente para imputarles ningún delito. Porque, ¿en realidad cometían alguno? No compraban ni vendían armas, no mataban ni violaban... ni siquiera estafaban o mentían a sus clientes. Más bien habían sido ellos las víctimas de una estafa por parte de algún proveedor en más de una ocasión. Pero eso a ella no le importaba, prefería mantenerse al margen y cumplir con su trabajo de «comercial» o de «repartidora» como una trabajadora más.

A la altura de Es Migjorn Gran dudó si desviarse hasta la población o hacerlo en Ferreries. Si lo hacía entonces podría tomar luego uno de los caminos rurales que unen las calas del sur y llegan hasta el término de Ciudadela, y volver desde aquel punto a la carretera principal. De allí a Cala Morell había un paso.

Aquel día tenía ganas de acabar pronto. La debilidad la estaba extenuando, la comida le repelía y cada vez sufría más de dolor de estómago. ¡Aleksander! ¿Algún día se repondría de aquello? Decidió seguir adelante. Por una vez no se iba a desviar del camino más corto. Como siempre, en el asiento de atrás llevaba el caballete, las acuarelas y los papeles, incluso algunas láminas de las que había pintado cuando Aleksander aún vivía. En las contadas ocasiones en que la Guardia Civil la había interceptado en la carretera para un control rutinario, su rostro inocente y sus bártulos de pintora la habían salvado de un registro, y desde entonces nunca salía sin ellos. Además, ese día no llevaba mercancía. Su tarea iba a limitarse a recoger unos cuantos billetes de euro que les debían de una operación anterior. Que se habían confundido al hacer las cuentas, les habían dicho, y ellos habían reclamado. Tranquilidad, ella iría

de nuevo y los recogería. Además, aquel dinero extra no les vendría mal, estaban a dos velas. Ni siquiera había repostado, lo haría al regreso.

Cuando llegó a las primeras glorietas de la ronda que circunvala Ciudadela, sí dio varias vueltas, como hacía siempre, para comprobar que ningún vehículo la seguía. Después tomó la carretera que conducía a cala Morell y, antes de llegar allí, un camino rural. No había pensado en llevarse algo de comer y estaba todavía en ayunas. La noche anterior apenas había cenado. Sintió un dolor abrasador en la boca del estómago, el mismo que la torturaba desde hacía días, pero en ese momento con una intensidad mayor. Paró un momento el coche. Había comenzado a temblar. Aquello ya le había sucedido antes, pero no de una forma tan intensa. Los polvos de la herboristería no le habían funcionado, al contrario, cada día estaba peor. Debía acudir sin falta al médico. ¿Tendría una úlcera? Su abuelo la tenía. Y su abuela le preparaba un vaso de agua con bicarbonato cada vez que se quejaba. Sonrió. Qué días tan felices en Molde: muñecos de nieve en el jardín intransitable en invierno, chapuzones en el abrevadero de los caballos en verano... Arrancó de nuevo el motor. Quedaban unos pocos metros para llegar. Aparcó donde siempre, en un pequeño ensanchamiento del camino, poco antes de llegar a la caseta. Seguía temblando, pero un poco menos; sin embargo, al dolor de estómago se habían sumado unas angustiosas punzadas en el pecho. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¡Si apenas podía respirar! Una cama, eso era lo que necesitaba, tumbarse en un colchón, cerrar los ojos y aguardar a que aquello pasara, incluso dormir, ese lujo que estaba olvidando... Tenía que terminar cuanto antes la operación y regresar a casa.

La temperatura era buena y se oía a los pájaros cantar en lo alto de los acebuches, sin embargo, los perros no ladraban. En otras ocasiones, nada más bajar del auto, ya advertía sus ladridos. Le había costado mucho ganarse su confianza. Gracias a su amor por los animales, con mucha paciencia lo había

conseguido. Podría decirse que la conocían y hasta celebraban volver a verla. Su voz los tranquilizaba y, antes de abrir la puerta, ya la esperaban. Pero aquel día no se oía un solo ladrido. ¿Se los habría llevado su dueño?

Encontró la llave donde siempre, en el hueco de uno de los ladrillos que conformaban las paredes de la caseta, todavía sin lucir y, por supuesto, sin pintar. A pesar de que conocía la cerradura a la perfección, tardó en abrir de lo mucho que temblaba. Además, las manos le sudaban y la llave se le resbalaba entre los dedos como si estuviera cubierta de baba de caracol.

Una vez consiguió abrir la puerta, dejó que la luz penetrase en el corral antes de entrar, porque quería comprobar si los canes andaban por allí. Nada se movía. Entró. En el suelo divisó unas sombras. Un fuerte olor a descomposición le arrancó una arcada. Se mareaba. Sintió un cosquilleo en los dedos de los pies, apenas cubiertos con unas sandalias. Había dejado el móvil en el coche y no tenía a mano ninguna linterna. Se acercó con temor a donde se encontraban las sombras. Eran tres bultos disformes, oscuros, inmóviles... ¡Los perros! De nuevo una puñalada le atravesó el estómago y la paralizó. Seguía notando una sensación extraña en los pies, en los tobillos, mientras un dolor lacerante se le extendía por el tronco, el cuello, las sienes...

Se arrodilló respirando con dificultad, emitió un quejido amargo que nadie escuchó y se tumbó en el suelo, al lado de los perros, mientras un ejército de garrapatas la invadía.

## 2

### CONSULTA DE PSICOLOGÍA

RAQUEL CARRERAS

Dra. en Psicología. Especialista en Psicología Clínica

### PRIMERA SESIÓN DE TERAPIA

Terapeuta: Antes de empezar con la sesión, quiero presentarme y explicarle de forma resumida en qué consiste el trabajo que realizo aquí. Por cierto, ¿le parece bien que nos tuteemos o prefiere que sigamos tratándonos de usted?

Paciente: No sé... podemos tutearnos.

Terapeuta: Muy bien. Mi nombre es Raquel Carreras. Soy psicóloga, especialista en Clínica. Trabajo desde el modelo terapéutico Terapia Familiar Sistémica Breve, y divido la sesión en tres partes.

En la primera nos conocemos, expones qué es lo que te ha traído a mi consulta y, sobre todo, en qué quieres mejorar y cómo te puedo ayudar.

Después haremos una pausa y reflexionaré sobre lo que hemos hablado.

Y para terminar nos volveremos a reunir, te expondré mis conclusiones y, posiblemente, te daré alguna indicación.

Paciente: De acuerdo. Creo que mis datos ya los tienes, porque me los han solicitado en recepción.

T: Así es. ¿En qué puedo ayudarte?

P: Tengo mucha angustia... Necesito librarme de esta sensación que no deja de atormentarme. No puedo seguir así.

T: Bien. Vamos a tratar de concretar un poco más. ¿A qué te refieres cuando dices que tienes angustia? ¿Qué es lo

que notas? Angustia es un concepto muy ambiguo. Seguro que si pregunto a distintas personas me darán respuestas diferentes...

P: No sé... No sé si podré o sabré explicártelo. Solo sé que me siento muy mal.

T: A ver si te puedo ayudar... ¿Relacionas esa sensación con algo? ¿Con una situación concreta? ¿Con algo que te ocurre?

P: Me considero una persona muy celosa, no puedo evitarlo. Soy así desde siempre, desde que yo recuerdo, pero últimamente me estoy obsesionando como nunca. Y ese es otro tema: la obsesión. Me come, me agota, me mata. Puedo tener una idea en la cabeza y machacarme día y noche con ella. Trato de evitarla, pero en vez de conseguir que desaparezca, allí está, dirigiendo mi vida.

T: Entonces, ¿podríamos concretar que el motivo de tu angustia son los celos y los pensamientos obsesivos?

P: Sí. Como te decía, siempre he sido una persona muy celosa, pero esto se me está yendo de las manos.

T: ¿Qué quieres decir?

P: Pues eso, que se me está yendo de las manos.

T: Bueno, vamos a volver al punto anterior. Me hablabas de celos. ¿Qué tipo de celos? ¿Te refieres a celos sentimentales o a otro tipo?

P: De todo tipo. Yo siento celos de cualquiera que intime con las personas que quiero. Eso me irrita, me crea inseguridad, porque me da la impresión de que se van a alejar de mí, de que me los van a robar. No puedo controlarlo, lo siento con mayor o menor intensidad, según la persona de la que se trate, e incluso a veces sin que sepa el motivo. Me ha ocurrido durante toda la vida, pero ahora esta sensación me está desbordando. Siento que no valgo nada, que cualquier otra persona es mejor que yo en todo, en belleza, en inteligencia, en simpatía. Lo veo todo negro. Es un sufrimiento enorme que además tengo que ocultar para que nadie de mi alrededor se dé cuenta.

T: Pero dices que ahora te está desbordando. ¿Qué quiere decir eso? ¿Te refieres a alguien en concreto?

P: En este momento a una persona en especial. Es alguien muy próximo a mí. Y he dado este paso, el de venir aquí, porque tengo verdadero pánico a hacer algo de lo que me pueda arrepentir. No pienso en otra cosa.

T: Antes de continuar, te agradezco la sinceridad con la que estás hablando. Es muy difícil reconocer esa sensación en uno mismo y además compartirlo, en este caso, conmigo. Para poder ayudarte necesito que me cuentes con más detalle lo que pasa por tu cabeza. Qué ideas son las que te hacen tanto daño, las que te alivian... Y si esto te había ocurrido antes o no. Sé que es difícil, pero quiero que me concretes a qué te refieres cuando dices que te da miedo hacer algo de lo que te puedas arrepentir.

P: No me atrevo a contarlo, aunque creo que me haría bien.

T: Vale, no te quiero presionar. Si quieres podemos continuar, y si te ves con fuerza, me lo cuentas. Pero también podemos terminar aquí y citarnos otro día.

P: No... No, necesito ayuda. He venido a eso. Pero antes quiero saber si lo que voy a contar está bajo secreto profesional.

T: Por supuesto.

P: ¿En cualquier caso?

T: No, no es exactamente así. Puede haber alguna excepción. Pero espero que no tenga que plantearse aquí. Intenta contármelo.

P: Tengo la obsesión de hacer daño. Mucho daño.

T: ¿A quién? ¿A ti?

P: No.

T: Por lo tanto, a otra persona.

P: Sí.

SILENCIO

P: Esa es la idea que me angustia. Pero a la vez me alivia, me alivia mucho. Me permite respirar. Y también me da mucho miedo.

T: ¿Quieres contarme algo más? ¿Darme más detalles?

P: De momento, no.

T: Pero ¿te puedo seguir preguntando?

P: Sí.

T: ¿Has hecho alguna vez algo parecido a lo que piensas ahora?

P: Bueno, en alguna otra ocasión también se me ha pasado por la cabeza y, con el tiempo, he logrado olvidarlo.

T: Sé que es muy difícil, pero ¿puedes explicarme alguno de tus pensamientos?

P: Son muchos. Pienso en distintas posibilidades, todas para perjudicar. Es un infierno lo que tengo en mi interior.

T: ¿Has intentado librarte sin ayuda de nadie de esos pensamientos? ¿Cómo has logrado salir de ese infierno?

P: Sí, claro. Lo intento todos los días.

T: ¿Y cómo lo intentas? ¿Qué cosas haces para conseguirlo?

P: Intento convencerme de que no voy a llevar a la práctica mis ideas.

T: ¿Alguna cosa más?

P: También intento convencerme de que esas ideas son solo eso, y que no son factibles de llevar a cabo.

T: ¿Qué más has hecho para tratar de liberarte de esos pensamientos? Perdona la insistencia, pero debo preguntártelo.

P: En ocasiones he tomado tranquilizantes, sobre todo para poder dormir. Y últimamente me he encerrado en casa siempre que los pensamientos me atormentaban para evitar hacer algo malo.

T: ¿Alguno de esos intentos ha dado resultado, te ha serenado, te ha liberado de la angustia, de los malos pensamientos, de los celos?

P: Los tranquilizantes me ayudan a dormir, pero no hay nada que me libere del peso interior. Por eso estoy aquí.

T: Muchas gracias por el esfuerzo que estás haciendo. Sé que no es fácil. Me gustaría volver al principio de la sesión.

Después de todo lo que me has contado, quiero que me digas, que resumas, qué es lo que quieres conseguir en esta consulta. Medítalo bien, por favor.

P: Quiero dejar de tener celos de la persona que me obsesiona en este momento y de los que la rodean.

T: Perfecto. ¿Algo más?

P: Quiero controlar mis impulsos, los malos pensamientos que me ocasionan los celos. Quiero sentirme una persona valiosa.

T: ¿Y cómo sabremos que lo estás consiguiendo? ¿En qué lo vas a notar?

P: No lo sé, no tengo ni idea. Lo que me urge es controlar mis impulsos, no hacer nada malo.

LLORA

T: Antes de pasar a la segunda parte de la sesión y quedarme unos minutos a solas, quiero saber si hay momentos mejores en los que esas ideas desaparecen.

P: No lo sé, pero si los hay, no los recuerdo.

T: Y, por último, ¿harás lo que te pida?

P: Lo intentaré. Para eso estoy aquí.

PAUSA

T: En primer lugar, quiero agradecerte la confianza que has depositado en mí y la sinceridad con la que me has relatado un problema tan difícil de compartir. Por otra parte, y a pesar de lo que me has contado, tu decisión de superación personal y de actuar de forma correcta está clara. Eso es algo que valoro en gran medida.

La vida no siempre es fácil. A veces las dificultades son ajenas a nosotros mismos, pero se introducen en nuestro interior. A ti las dificultades te han calado muy hondo y por eso sientes esos impulsos tan potentes y tan peligrosos. Ten la seguridad de que te voy a ayudar para que superes esta situación. Pero, sobre todo, piensa que la mayor ayuda va a venir de ti, de tu fuerza y de tus ganas de actuar correctamente. En definitiva, de tu interior.

Tenemos mucho en lo que trabajar, pero antes me gustaría que, desde hoy hasta la próxima visita, pienses si te puedes comprometer conmigo a no hacer nada que pueda ocasionarle algún tipo de daño a otra persona. No quiero que tengas prisa en contestar, es demasiado importante y necesito que lo medites bien.

P: También lo voy a intentar. Esperemos que no sea demasiado tarde.

### 3

AQUEL DÍA ERA viernes, y los viernes, como si de una maldición bíblica se tratase, siempre le surgía un aviso a domicilio minutos antes de finalizar la jornada laboral. Aquello significaba que, si tenía algún plan para el fin de semana que supusiera salir desde Ciudadela a primera hora de la tarde, por ejemplo, para tomar un vuelo desde Mahón, este se le podía ir al traste, sobre todo si en vez de realizar una «visita de doctor», la atención médica se prolongaba más allá del horario habitual.

Estaba a punto de llamar a su último paciente cuando, cómo no, apareció en la pantalla del ordenador otro nombre al final de la interminable lista que poblaba la agenda con la que desayunaba a diario desde que tomó la decisión de trabajar como médico de familia en un centro de salud. Sin dudarlo un instante, entró de forma apresurada en la historia clínica del inoportuno paciente con la esperanza de que residiera en alguna de las calles próximas a Canal Salat; así podría concluir pronto, poder llevarse algo a la boca, preparar una ligera mochila y salir al encuentro de Pau. Llevaban dos semanas sin verse.

Clicó en el icono correspondiente a los datos personales del desconocido y esperó. ¡Carretera de Mahón! Ni siquiera estaba en el casco urbano de la ciudad, sino en alguna masía escondida de las que no se localizaban ni con la ayuda del navegador. Tomó aire. Al menos no perdería ningún avión, aunque si se retrasaba y la pillaba la noche por el camino, sería más difícil dar con su destino.

—Adelante —le indicó al último paciente que quedaba en la sala de espera—. Siéntese, por favor, y cuénteme qué es lo que le ocurre.

Carles Dolz Tudurí tenía cincuenta años, muy pocos antecedentes médicos, y los que tenía carecían de importancia. Eso sí, nada más verlo, Simonetta Brey dedujo que era agricultor debido a las lesiones crónicas de su cutis, lo que en otros tiempos se denominaba «piel de campesino». Había acudido a la consulta para ponerla al tanto de una visita que había tenido recientemente en Digestivo y solventar unas dudas que, según él, no le habían aclarado. Simonetta revisó la historia clínica de Atención Especializada y le explicó que todas las pruebas complementarias que le habían realizado habían salido bien, y que sus dolencias se debían únicamente a la intolerancia a la lactosa, que ya conocía.

—Pero si no bebo leche, y eso que soy ganadero —se lamentó.

—¿Y queso?

—Eso sí, claro. Lo fabricamos y de vez en cuando lo pruebo.

—El queso también lleva lactosa y esa puede ser la razón por la que sigue teniendo problemas intestinales. Tiene dos opciones, dejar de comerlo o tomarse antes una pastilla de lactasa.

—¿Lactasa? ¿Eso es una medicina?

—Más o menos. Precisamente la lactasa es un compuesto que su cuerpo no produce en la cantidad adecuada para digerir la leche y sus derivados. Desde hace algunos años ha salido al mercado este compuesto para suplir el déficit que usted tiene. Ya verá que sus síntomas mejoran. Incluso podrá beber sin problemas un vaso de su leche tan solo con tomar una pastilla de lactasa antes de probar el primer trago.

—Casi no me lo puedo creer, tantos años sin catarla. Y debe de ser un asunto de familia, porque a mi padre y a mi hermano les ocurre lo mismo.

—Pues recomíéndeles la lactasa a ellos también. Se lo agradecerán.

Cuando ya salía de la consulta, Carles Dolz se volvió hacia Simonetta.

—Ah, doctora, en recepción les he dicho que apunten a mi padre para que se pase por su casa a verlo. Está algo flojo. Mi madre dudaba si llamar al médico o no, pero como empieza el fin de semana...

—¿A qué se refiere? —le preguntó Simonetta para cerciorarse de la identidad del culpable y de tener que posponer sus planes un viernes más.

—A que si empeora nos metemos en el fin de semana, y mi madre, ya sabe, se agobia.

«Ya estamos con meternos en el fin de semana, la letanía de siempre», pensó la doctora.

—No, no. ¿A qué se refiere con lo de que está algo flojo?

—No lo sé exactamente. Mi madre es la que está con él casi todo el día.

—De acuerdo. Pasaré por allí.

—La verdad es que estamos todos bastante mal. Hemos sufrido una desgracia familiar. Algo muy duro que no le deseo a nadie.

Simonetta dudó si darle pie a que le contara de qué se trataba o hacerlo una vez que estuviera en la casa donde parecía que vivía toda la familia. Saltaba a la vista que aquel hombre era de discurso breve, así que decidió posponer la cuestión hasta algunos minutos más tarde. Aun sin conocerla supuso, sin demasiado miedo a equivocarse, que la madre de su paciente le explicaría todo con pelos y señales. Le preguntó sobre el modo de llegar a la masía y lo despidió con un hasta luego.

Si su querido enfermero Sergi hubiera estado ese día en la consulta, seguramente la hubiera acompañado con el Kia; había nacido en Ciudadela y se conocía al dedillo las calles, carreteras y caminos. Pero se había tomado una jornada de permiso, puesto que al día siguiente se examinaba de una oposición para tratar de obtener una plaza en propiedad. Iría con su Honda. No había previsto cubrirse de polvo ni perder

unos minutos más en la ducha, pero no le quedaba otra opción. No podía ir andando.

La motocicleta que le había prestado Pau al poco de llegar a la isla seguía funcionando a la perfección. Para ella había sido más que un vehículo de transporte. Era aficionada a las motos desde su adolescencia. Había disfrutado de los placeres de la carretera en muchas ocasiones, pero nunca los había asociado a la sensación de libertad de la forma en que la había experimentado allí, después de una estancia en prisión por una condena injusta que quería olvidar por todos los medios posibles. Uno de ellos había sido la Honda, el placer de conducirla de una manera distinta, sin la sensación de velocidad que proporciona una autopista, pero con el aliciente de que el sosegado paisaje de la isla formara parte sustancial del viaje. Y a esas alturas del año quería aprovechar los días de final de verano para conducirla, antes de que algún amago de gota fría la obligara a dejarla en el garaje y coger el coche.

Tal como Carles Dolz le había indicado, entró en la ronda de circunvalación de la ciudad hasta la rotonda del desvío hacia Mahón. A esas horas apenas había tráfico, en parte porque casi todos los turistas ya habían desaparecido y porque la mayoría de los autóctonos estaban comiendo. Después de pasar la indicación de la Naveta des Tudons, el monumento megalítico más importante de Menorca, debía tomar la siguiente desviación a la derecha, señalizada como «Poblat Talaiòtic de Torretrencada». Aminoró la velocidad y enseguida la vio. Allí comenzaba un camino agrícola, como tantos otros que comunican las distintas zonas de la isla con la carretera principal de Ciudadel-Mahón; angostos, con paredes de piedra seca a ambos lados. Era necesario conducir con cuidado, porque había numerosos cantos rodados sobre la tierra del suelo y era bastante fácil accidentarse.

A la izquierda del camino, una considerable extensión de terreno dedicado al cultivo de forraje llegaba casi hasta el horizonte, y a la derecha abundaba la vegetación silvestre con

multitud de arbustos y una hilera de pinos que lindaba con el muro que delineaba el sendero. Eran ejemplares mediterráneos de considerable altura y con una característica que a Simonetta le llamó la atención: las copas habían crecido, y con bastante probabilidad seguían haciéndolo, inclinadas hacia la otra vertiente del camino, en una especie de arco por debajo del cual pasaban vehículos y viandantes.

En ese punto, el terreno ganaba en altura ligeramente y, tras alcanzar la cúspide y trazar una ligera curva, volvía a bajar, por lo que el camino se estrechaba cada vez más. Al final de la recta que tenía delante, Simonetta vio que comenzaba una zona cultivada con riego por aspersión, que estaba funcionando en ese momento. La novedad era que uno de los aspersores estaba colocado de tal manera que no solo regaba el cultivo, sino también un tramo del camino adyacente, y su fuerza era tal que el agua lo remojaba de lado a lado. «*Che cosa orribile!*», pensó atónita, sin saber cómo actuar. No podía salirse del camino ni aun yendo a pie, porque las paredes de piedra lo impedían, y, desde que había abandonado la carretera, no recordaba haber encontrado ningún desvío por el que salvar ese inesperado obstáculo. «Pues adelante, italiana», se dijo a sí misma, emulando al comisario Darío Ferrer, su compañero en otras situaciones bastante peores que aquella. Bajó la cabeza todo lo que el casco le permitió e imaginó que se encontraba en la atracción de un parque temático. Tuvo cuidado con no derrapar en el charco fangoso que se había formado y... ¡prueba superada!

A través de la pantalla mojada del casco vio que unos metros más allá la senda se bifurcaba en dos. Paró un momento para secarla y así poder ver mejor. Carles Dolz era un hombre de pocas palabras, pero sin duda las que escogía eran las esenciales. Tal y como le había explicado, la bifurcación de la derecha conducía a algunas de las calas del sur de la isla, y la de la izquierda al poblado de Torretrencada, hacia el que tenía que dirigirse para llegar a la hacienda de la familia. ¿Podía estrecharse más el sendero? Por increíble que pareciera, sí. Por suerte, quien lo diseñó

había sido muy astuto y había dejado, de cuando en cuando, un ensanchamiento para que en caso de que se toparan dos vehículos, uno de ellos dejara pasar al otro. Y eso es lo que ocurrió: de frente divisó un todoterreno cubierto de polvo que esperó a que ella pasara. Sin dejar de conducir, pudo distinguir a un hombre joven, de unos cuarenta años, bastante atractivo, de pelo muy moreno, rizado y ojos claros. Se saludaron con un movimiento de cabeza de cortesía y Simonetta prosiguió su ruta. Cavalleria Vella, Cavalleria Nova, las dos haciendas que precedían a la de los Dolz y, por fin, Torre Tudurí, su destino.

La verja de la propiedad estaba abierta. En uno de los dos pilares blancos que la sostenían habían colocado un rótulo indicador de que allí se elaboraba queso con denominación de origen Mahón-Menorca. Encima de la pared de piedra seca que separaba la finca del camino, la figura metálica de una vaca rojiza anunciaba en menorquín que en aquella hacienda se criaba la raza de vacuno autóctona *vermella menorquina*, actualmente en peligro de extinción. Nada más atravesar la reja, comenzaba un camino recto flanqueado también por dos muros de piedra, pero estos estaban contruidos con argamasa, a diferencia de los del resto de la isla. De allí al primer edificio de la propiedad habría unos cincuenta o sesenta metros, pero, sin duda alguna, era el tramo más difícil de sortear. El suelo constituía una sucesión de ondulaciones, como los caballones de un huerto recién labrado, pero con la tierra dura y seca de cualquier camino. ¿Cómo podían entrar y salir de allí sin arreglarlo? Ninguna de las personas que lo atravesaba lo hacía en moto, eso estaba claro.

Cuando por fin, con enorme cuidado y algún moratón en las nalgas, se acabó aquella tortura y aparcó, se encontró con otra inesperada sorpresa: dos impresionantes mastines se habían puesto en guardia y la esperaban amenazantes con las miradas fijas en ella, preparados para atacar si seguía adelante. «Este oficio se está poniendo de lo más difícil», fue lo primero que pensó, y después le vino a la cabeza lo que estaba haciendo justo una

semana antes a esa misma hora. Después de comer en el Solferino, madre e hija paseaban como dos auténticas italianas por la vía Montenapoleone, en Milán. «Hay que estar preparada para todo», habría dicho su madre si la hubiera visto de esa guisa, y ella opinaba lo mismo. Tras un breve amago de duda sobre si seguir con el aviso a domicilio o darse media vuelta, se quitó el casco con cuidado de no alertar a los cancerberos, sacó el móvil, el papel con la notificación del aviso y marcó el teléfono que aparecía en los datos de Laureano Dolz Martínez.

La estrategia funcionó. Enseguida salió del edificio más próximo, una especie de nave o almacén en el que se indicaba que allí se elaboraba y se vendía queso, una mujer de unos cuarenta y tantos años, con el pelo mal recogido en una coleta y una bata blanca de trabajo. Sin mirar siquiera a Simonetta, llamó a los perros y los metió a cada uno en su caseta.

—Tranquila, que no hacen nada —le dijo entonces a Simonetta, acercándose a ella.

«Ya, ya... el cuento de siempre», pensó la médica sin querer contradecirla.

—¿Es usted la doctora? —le preguntó con cara de extrañeza a la vez que la miraba de arriba abajo.

Simonetta se percató entonces de las pintas que llevaba, con la ropa mojada como si hubiera caído un chaparrón y la hubiera pillado en pleno viaje.

—Sí, soy la doctora Brey. Un aspersor me ha regado como si fuera un ciruelo.

La mujer esbozó una leve sonrisa. Le explicó que era la nuera de Laureano, que en ese momento estaba atareada con la elaboración del queso y que su suegra la acababa de llamar para que metiera a los animales en las casetas.

—Puede dejar aquí mismo la moto. Ahí, subiendo el camino que hay detrás de la higuera, encontrará la casa. Mi suegra la está esperando.

La vivienda de la familia era una espaciosa masía de no menos de un centenar de años. Su gran fachada estaba orientada

hacia el oeste y el lateral quedaba oculto por la descomunal higuera. Por eso, aunque estuviera construida en la cima de una ligera elevación del terreno, no se distinguía desde el camino de entrada a la propiedad.

En la puerta aguardaba una mujer que no llegaba a los ochenta años, pero que, por su pelo canoso, su falta de atractivo y su indumentaria pasada de moda, aparentaba algunos más. Nada más verla, se acercó a Simonetta, y esta pudo comprobar que cojeaba un poco, y se ayudaba de un bastón.

—Buenos días. Es usted la nueva doctora, ¿verdad?

—Bueno... llevo ya más de medio año en esta plaza, pero sí, supongo que se refiere a mí.

—Pero ¡cómo viene! —exclamó tras comprobar el estado de su vestimenta. Simonetta le contó lo del aspensor.

—Es que recorrer en moto estos caminos —dijo la mujer con simpatía— tiene más peligro de lo que uno espera.

—La próxima vez vendré en coche, se lo aseguro.

—¿Quiere que le saque algo de ropa y se cambia?

—Muchas gracias, pero con esta temperatura pronto se secará.

—Dicen que es usted italiana, pero habla muy bien el castellano.

—De madre italiana, pero también soy medio española y criada en España.

—¿Sabe que tiene muy buena fama como médico? Y se lo dice una persona que apenas sale de estas cuatro paredes. Pero en los sitios pequeños la información vuela y esa es la fama que usted va teniendo por aquí.

—No sé qué decirle... que me alegro, claro. —Simonetta le agradeció el cumplido, pero no se lo creyó del todo porque saltaba a la vista la agudeza de la mujer. Y ¿qué persona inteligente no quiere estar a bien con su médico?

Aunque la doctora ya había consultado previamente el historial del marido en el ordenador, dejó que su esposa le explicase el porqué de su situación como persona dependiente.

—Hace dieciséis años tuvo la mala fortuna de tener un infarto cerebral y se quedó postrado en una silla de ruedas, sin poder mover el lado derecho, con poca movilidad en el izquierdo y sin poder expresarse bien, ni al hablar ni al escribir. Lo entiende todo, pero no nos puede contar nada, solo contestar sí o no con la cabeza. Para él fue un infierno, sobre todo al principio, pero para mí... qué le voy a contar. Al final acabas acostumbrándote, pero es muy duro.

La casa estaba bien acondicionada, se apreciaba que habían ido reformándola con los años, pero sin ningún lujo. La mujer la condujo a un cuarto de la planta baja donde habían adecuado la habitación de Laureano, con una cama articulada, una grúa, un sillón reclinable con reposapiés y hasta un enorme televisor de plasma. En una de las esquinas de la habitación, encima de una peana, un busto de un Santo Cristo y, al lado, una mesita con un crucifijo y un rosario. En ese momento ya lo habían acostado después de haberle dado la comida.

—¡Rodica! —gritó la mujer—. Ven, que ha llegado la doctora y nos tienes que ayudar. Es la chica rumana que tengo para que me eche una mano —explicó a Simonetta—. Yo sola no puedo con su peso, y tanto mi hijo como mi nuera no paran de trabajar. Entre los dos y algunos operarios se encargan de todo, campo, vacas y quesería. No tienen ni un día libre. Esto es muy esclavo.

—Buenas tardes —saludó la chica con educación, recordándole que era una hora en la que la mayoría de los mortales ya había comido. Tendría unos treinta y tantos años, más o menos como la propia Simonetta, y era de mediana estatura, morena y bastante guapa.

—Rodica sirve para todo —dijo la mujer—. Para la casa, para cuidar a Laureano, para ordeñar una vaca... para todo. La verdad es que es muy trabajadora. —La joven no se inmutó.

—O sea, que Laureano lleva tres días tosiendo y ayer comenzó con unas décimas de fiebre.

—Y no quiere comer —añadió.

—Está bien. Por favor, ayúdenme a incorporarlo para poder explorarle.

Con la ayuda de las dos mujeres, Simonetta examinó al paciente.

—Parece que tiene una neumonía. Para confirmar este diagnóstico tendríamos que hacerle una radiografía, pero en la situación en la que se encuentra, mi opinión es que lo mejor de momento es tratarle la neumonía sin sacarlo de casa. Si no responde al tratamiento, siempre estamos a tiempo de derivarlo al hospital. ¿Le parece?

—Sí, sí, lo que usted diga —respondió—. Cuanto menos se mueva de aquí, mejor, estoy completamente de acuerdo.

La doctora extendió unas recetas y le explicó a la mujer cómo debían administrarle la medicación. Debido a la propia infección, el hombre estaba bastante adormilado y apenas se había dado cuenta de la visita.

—De aquí a unos días volveré a examinarlo, pero si su estado empeora deben llamar al centro de salud para que me lo comuniquen y vendré enseguida.

—Esperemos que no —intervino la mujer—. Pero, si es preciso, seguiremos sus instrucciones. Rodica —le dijo a la chica—, acompaña a la doctora hasta la fábrica y que Petra le regale un queso.

—Muchas gracias, pero tengo prisa, todavía debo visitar a otro enfermo —mintió para acabar cuanto antes.

—Pues entonces prométame que el próximo día se lo llevaré.

—Prometido. Y además me gustaría que me enseñaran las instalaciones. En todo el tiempo que llevo en Menorca todavía no he visto ninguna y tengo verdadero interés.

—Eso está hecho.

La mujer cambió de opinión y, a pesar de su cojera, se empeñó en acompañarla ella misma hasta donde había estacionado la moto. El camino tampoco estaba asfaltado y Simonetta temió que tropezara con algún guijarro, pero se desenvolvía con gran

soltura, señal de que iba y venía por allí a menudo, controlándolo todo. El hijo no tenía el talento de la madre, o al menos esa era la impresión que le había dado en la consulta.

Cuando llegaron a la pequeña explanada donde había aparcado, frente a la nave, la mujer se paró y agarró a la doctora del antebrazo.

—Hoy ha venido a atender a mi marido y es ya muy tarde, pero la próxima vez igual me tiene que atender a mí —le dijo con tristeza—. Ha ocurrido una gran desgracia en la familia. No sé cómo vamos a reponernos.

Simonetta recordó entonces que su hijo ya lo había mencionado en la consulta, pero ella, con las prisas, lo había olvidado.

—¿De qué se trata? —preguntó con verdadero interés al ver el cambio en la expresión de la mujer.

—Se nos ha muerto un nietecito. El único que teníamos.

—¿Hijo de Carles?

—No, ellos no tienen hijos. De mi hijo pequeño, Bernabé. Acaba de irse hace un momento. Al enterarse de que está enfermo, ha venido a ver a su padre. Igual se lo ha cruzado por el camino. Llevábamos bastante tiempo distanciados, pero esta desgracia ha limado asperezas. Estamos todos conmocionados. Pobre criatura —dijo con los ojos húmedos.

—Y esto que me cuenta, ¿es reciente?

—Hace menos de dos meses, pero como si hubiera ocurrido hoy mismo. No me lo puedo quitar de la cabeza, mi nietecito... —La mujer se echó a llorar.

—¿Y cómo fue, de qué murió? —le preguntó la doctora por puro interés profesional.

—De muerte súbita del lactante, ¿se dice así?

—Sí, así es. Menuda desgracia para toda la familia. Lo siento mucho —le dijo sinceramente—. ¿Qué edad tenía?

—Había cumplido dieciocho meses dos semanas antes de aquella fatalidad. Figúrese, fueron por la mañana a levantarlo de su cunita y ya no se despertó —continuó llorando la pobre mujer.

—¿Dieciocho meses? ¿Año y medio?

La mujer asintió con la cabeza. A Simonetta no le cuadraban los datos. La muerte súbita del lactante ocurría en niños de hasta doce meses. Si el pequeño hubiera tenido trece, aún podía justificarse, pero con dieciocho era prácticamente imposible que hubiera muerto de esa enfermedad.

—¿El niño se había encontrado mal antes de ese día? ¿Sus padres lo habían notado raro?

—Creo que sí. Mi hijo nos dijo que estaba muy rarito, llorando más que nunca y con muy poco apetito, un niño que era bastante trágico. Incluso había perdido algo de peso.

—¿Usted está segura de que les dieron ese diagnóstico a los padres? —insistió Simonetta con toda la delicadeza de la que fue capaz. Además de médico de familia, era forense, y sabía perfectamente que uno de los criterios de diagnóstico de la muerte súbita del lactante era que el niño no hubiera presentado ningún signo de enfermedad los días anteriores al fallecimiento.

—Claro que sí. Si no, ¿cómo me lo voy a inventar? No lo había oído en mi vida. ¿Qué quiere usted decir, doctora? —prosiguió la mujer al notar la suspicacia de la médica—. ¿Cree que murió de otra cosa? —preguntó, alarmada.

Simonetta meditó unos segundos antes de contestar, porque presumía las consecuencias que podían derivarse de su respuesta.

—Tengo mis dudas.